

eran aislados, sino que se preciaron de ello y utilizaron esta característica en beneficio propio a través de los discursos míticos.

El volumen se cierra con un breve capítulo conclusivo, con una exhaustiva bibliografía, y con sendos índices de citas y materias que convierten al libro en una útil herramienta para el investigador.

En nuestra opinión, el presente libro constituye un paso adelante en el estudio de las identidades antiguas, pues presenta un planteamiento cuyo carácter radical y novedoso (aunque quizás no radicalmente novedoso, pues cuenta con algunos precedentes como los que antes hemos citado) da una nueva vuelta de tuerca a este campo de estudio. Más allá del debate entre primordialistas y funcionalistas y la discusión sobre cuáles son los pilares fundamentales de las etnicidades antiguas, puntos principales de la discusión en los últimos años, nuestro autor pone de manifiesto que no podemos considerar a las diferentes civilizaciones antiguas como entidades aisladas con procesos de etnogénesis estancos, y que sus respectivas identidades sociales no se construyeron necesariamente en contraposición radical al Otro. Consideramos enormemente encomiable también el uso que Gruen hace de la iconografía en algunos capítulos, pues le sirve para demostrar hasta qué punto la visión que ciertos autores nos transmiten estaba difundida a través de la sociedad.

Bien es cierto, y así lo reconoce su autor en varias ocasiones, que el libro no realiza un análisis exhaustivo de todas las civilizaciones de la Antigüedad ni de todos los textos de cada civilización, pues un estudio de ese tipo hubiera sido sencillamente inabarcable, sino que tan sólo pretende que la acumulación de ejemplos que presenta sea suficientemente ilustrativa, y desde luego, en nuestra opinión, lo consigue. El conocimiento de las fuentes literarias por parte de Gruen es de una erudición incontestable, y ello permite que algunos textos clásicos sobradamente conocidos puedan ser reexaminados a la luz de otros fragmentos más arcanos. Quizás pudiera parecer que algunos de los pasajes analizados muestren una exégesis un tanto subjetiva para adaptarlos a la visión general que el libro plantea, un tanto irénica si se quiere, pero el objetivo del libro, y su gran acierto, no es el análisis de cada uno de los textos planteados en sí mismo, sino reivindicar la importancia de las conexiones interculturales en los procesos de etnogénesis. También echaríamos de menos por parte del autor un mayor hincapié en la utilización de la iconografía, pues ésta sólo se toma en cuenta en dos capítulos del volumen, y sin embargo pensamos que alberga un potencial enorme para valorar los procesos culturales analizados, como ya S. Jones demostró sobradamente, incluso en ausencia de un *corpus* literario que la “explique”.

En todo caso, y como ya hemos apuntado, estamos convencidos de que el libro de Gruen marca un importante hito en el estudio de las identidades en el mundo antiguo.

JORGE GARCÍA CARDIEL

M. J. HIDALGO DE LA VEGA, *Las emperatrices romanas. Sueños de púrpura y poder oculto*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2012, 238 pp.

Es el presente un estudio pormenorizado de la Profesora Hidalgo de la Vega sobre las mujeres vinculadas con las primeras dinastías imperiales, desde la Julio-Claudia a la Severa, y no exclusivamente a las esposas de emperadores a pesar del título. El núcleo del

trabajo está dedicado al análisis del papel de las princesas imperiales en la política, como elementos que servían para la legitimación dinástica, y en el culto imperial, al recibir muchas de ellas la deificación tras su muerte. Señala así la autora la existencia de “una especie de matrilinealismo subyacente” (p. 17) en los gobiernos imperiales, a pesar de que nunca existió la posibilidad de que desempeñaran por sí mismas el papel de emperatrices, aún siendo algunas de ellas hijas o familiares directas de emperadores que aportaban al matrimonio el imperio como dote. Y, sin embargo, fueron imprescindibles para que sus maridos e hijos varones obtuvieran la necesaria legitimidad dinástica e imperial, por un lado, y por otro, para que sus hijas transmitieran a su vez esos derechos a sus descendientes. De esta forma, la mujer en la Roma imperial transmite el poder pero no gobierna. De ahí que el subtítulo matice acertadamente el estudio al ser el poder imperial un sueño para la mujer, sólo realizable a través de la figura de un varón que no siempre se muestra agradecido a su esposa, como es el caso de Adriano y Sabina (pp. 116-121) y/o a su madre, como se observa en Tiberio y Livia (pp. 32-34) o en Nerón y Agripina (pp. 46-53).

El libro se estructura en siete capítulos precedidos de un prólogo firmado por el Profesor Domingo Plácido y una introducción de la autora. En el capítulo primero, la Profesora Hidalgo dedica su atención a las mujeres de la dinastía Julio-Claudia estableciendo una división entre la *domus Augusta* y la *domus* de Claudio en lo que respecta a los procesos relacionados con la sucesión y la intervención femenina en ellos. La actuación de las julio-claudias en esta dirección va encaminada a la consolidación del régimen monárquico en Roma, aunque no actuaron como un colectivo debido a los enfrentamientos habidos entre ellas por conseguir sus objetivos. La sucesión dinástica de esta primera familia imperial romana, en palabras de la autora, “estuvo marcada por la línea femenina, presentando una vertiente matrilineal dentro de una sociedad patriarcal y, por ello, ofrece una posición privilegiada para conocer las relaciones de género respecto al poder político” (p. 53).

El segundo capítulo está dedicado al análisis de dos modelos antagónicos de emperatrices julio-claudias: la virtuosa Livia y la infame Mesalina. La primera, esposa y confidente de Augusto, por un lado, y, por otro, madre del emperador Tiberio, abuela de Claudio, bisabuela de Calígula y tatarabuela de Nerón, se muestra como la raíz más firme de la primera dinastía. Denostada por el historiador Tácito, que vierte sobre ella comentarios abiertamente misóginos, recibe sin embargo alabanzas por parte de Dion Casio, al considerarla modelo de esposa imperial. Ella es, al mismo tiempo, objeto de veneración y homenaje a través de las distintas manifestaciones artísticas que se le dedicaron en vida y después de la muerte. Por el contrario, la imagen negativa de Mesalina está marcada por su sexualidad libre e imperdonable para la consorte de un emperador que debía ser modelo de matrona romana tradicional, ideal republicano rescatado a partir de la regeneración moral iniciada por Augusto y bien seguida y entendida por Livia, en mi opinión.

El capítulo tercero se centra en la dinastía Flavia y en la necesidad de legitimación de su poder. Para ello se siguió una política matrimonial similar a la estrategia iniciada por la dinastía Julio-Claudia, casando a las mujeres de la *gens Flavia* con familiares de Vespasiano, para evitar conflictos sucesorios. Sin embargo, la invisibilidad de las tres Flavias Domitilas contrasta, como señala la profesora Hidalgo, con la imagen de las otras féminas de la *domus Flavia*: Domicia Longina, esposa de Domiciano, y Julia Flavia, sobrina y posible amante o esposa también de Domiciano. Ambas recibieron los descalificativos de la historiografía senatorial a la muerte del último de los emperadores Flavios, siendo

mostradas como perversas e infames. Esta imagen negativa y deplorable de las mujeres que compartieron vida con Domiciano corre paralela a la que se elaboró sobre este emperador en el reinado siguiente; ambas no dejan de ser construcciones artificiales e intencionadas de la Historiografía antigua.

En el capítulo cuarto se analiza la imagen positiva de las féminas de la dinastía Antonina, verdaderas artífices voluntaria e involuntariamente de la sucesión dinástica de esta familia imperial. Plotina, Sabina, Matidia y las dos Faustinas, todas ellas vinculadas familiarmente con Trajano, eran mujeres con grandes recursos económicos que sirvieron fielmente a la dinastía adoptiva y que recibieron abundantes honores. Sólo la imagen de Faustina la Menor, esposa de Marco Aurelio y madre de Cómodo, quedó dañada por rumores y críticas provenientes de determinados sectores de la oposición senatorial, que pretendían con la difamación de la esposa imperial, legitimadora de la sucesión, desprestigiar al marido. Y quizás, bajo mi punto de vista, esas voces críticas pretendían denostar y culpar a la madre del peor de los Antoninos.

El siguiente capítulo, el quinto, tiene como objeto de estudio a las mujeres de la dinastía Severa, de origen sirio, y que destacaron por el poder político que llegaron a acumular. Julia Domna, su hermana Julia Maesa y las dos hijas de ésta, Julia Soemias y Julia Mamaea, fueron mujeres que entendieron los mecanismos de la propaganda política imperial y de la sensibilidad religiosa romana. Supieron comprender la necesidad de pactar con el ejército, de consensuar opiniones con el senado y de repartir dinero a los pretorianos y a los soldados para sostener los pilares de la dinastía, poniendo con todo ello al mismo tiempo de manifiesto la debilidad del sistema que trataban de sostener.

El capítulo sexto está dedicado al papel destacado que desempeñaron las emperatrices y princesas imperiales en el culto imperial al ser objeto de honores divinos. Como *Divae* imperiales y receptoras de culto siguieron contribuyendo, una vez muertas, al sostenimiento del sistema imperial y de su teología a través del culto imperial, elemento de cohesión y de control ideológico en todo el territorio del imperio.

El séptimo y último capítulo se focaliza en las conclusiones generales de la obra, incidiendo de nuevo y retomando las conclusiones individuales que la autora ha ido desgranando en cada uno de ellos. El libro se completa con una recopilación bibliográfica importante, con unos anexos dedicados a los respectivos cuadros genealógicos de las dinastías, con imágenes y representaciones iconográficas, principalmente numismáticas, de las protagonistas, así como con un índice de fuentes literarias y otro de genealogías e imágenes que ayudan y facilitan la identificación de las féminas imperiales y que han estado al cuidado de Iván Pérez Miranda.

Es un estudio histórico de género, de los que siempre la Historiografía está falta y que son tan necesarios para sacar del anonimato o para ofrecer una nueva perspectiva sobre las figuras femeninas que actuaron como sujetos agentes o pacientes de la Historia. Es una obra estimulante y fácil de seguir, que me ha sugerido ideas al hilo de su lectura sobre el papel protagonista, querido o no, de las mujeres en la Historia de Roma. Entre otras, me ha recordado la estampa callada de la mítica Rea Silvia en la leyenda sobre los orígenes de la Urbe, como hija del rey derrocado, Númerito, sobrina del rey usurpador, Amulio, y víctima, según algunas variantes, de la violación del dios Marte, que tiene como resultado el nacimiento del fundador y primer rey de la que será la ciudad hegemónica del Mediterráneo, Rómulo. En ese imaginario mítico, que se retoma de nuevo con la

fundación del imperio con Augusto, vuelve a aparecer la presencia femenina como legitimadora del origen real del fundador de Roma.

Por otro lado, la política matrimonial dinástica recibe mucho de las tradiciones republicanas en lo que al papel de las mujeres se refiere. Son ellas las que sirven como objetos de intercambio para ratificar acuerdos entre los miembros de la aristocracia, como demuestran, por ejemplo, los matrimonios concertados entre los más destacados políticos y hombres de estado del final de la República (Julio César y Cornelia Cinna, Pompeyo y Julia *Caesaris* o Marco Antonio y Octavia), pero también de épocas y momentos anteriores (así Tiberio Sempronio Graco y Cornelia, Escipión Emiliano y Sempronio o Gayo Mario y Julia). De esta forma, no deja aquélla, la política matrimonial, de ser un elemento típicamente romano puesto en manos de los varones, pero que adquiere nuevos tintes durante el imperio y de la que se saben apropiar bien las mujeres para beneficio propio y para el de sus descendientes.

La investigación de la Profesora Hidalgo finaliza con la dinastía Severa, a mediados del problemático siglo III, y sin embargo, en los años siguientes, el papel de las esposas imperiales sigue existiendo aunque ahora es tan efímero como el de sus esposos. Durante esos años difíciles perdura débilmente el edificio imperial para ser retomado con fuerzas renovadas a finales de este siglo y, sobre todo, durante el siglo IV. Con la aparición de las nuevas grandes dinastías, la Constantiniana, la Valentiniana y la Teodosiana, vuelve la necesidad de la legitimación dinástica a través de las figuras femeninas que, como sus antecesoras de la época altoimperial, se convierten en esposas, madres y hermanas de emperadores de entre las que se puede traer a colación los nombres de Gala Placidia o Pulqueria, las cuales, incluso, adquieren un gran protagonismo político. De nuevo se transforman en instrumentos de las políticas dinásticas para afianzar un sistema que poco tiempo después sólo se mantendrá en Oriente.

PILAR PAVÓN

SANTIAGO MONTERO HERRERO, *El Emperador y los ríos. Religión, ingeniería y política en el Imperio Romano*, Madrid 2012. UNED. 360 págs. Ilustraciones.

Los libros del profesor Santiago Montero gozan todos ellos de un acierto y una ventaja inicial: tratan de temas muy atractivos, originales, que cuando uno los lee se pregunta: ¿por qué no se me ocurrió a mí antes esta idea? En tal sentido, la presente monografía no es una excepción; toca de manera transversal, a lo largo de los siglos del Imperio romano, la función religiosa de los ríos, y la propia divinización de las corrientes fluviales. Puesto que en el mundo romano la religión impregna absolutamente todas las actividades humanas, privadas y públicas, deviene como cosa propia tratar también –de forma insoluble– los aspectos políticos (política cotidiana pero especialmente la “alta política”) en los que los ríos intervienen activa o pasivamente delimitando no sólo fronteras naturales sino también “fronteras de acción política”, siendo el caso más frecuente el papel de los ríos en los prolegómenos de las muchas batallas que Roma protagonizó a lo largo de su dilatada historia.

Religión, política, pero también ingeniería. Los ingenieros son los que someten las aguas, podríamos decir “sus civilizadores”, los que domeñan su bravura y la someten a